

El pequeño catecismo de William Erner

# Europa, el Imperio y el Anticristo según Paleologu

¿Por qué la Unión Europea —sí, la que tiene subsidios agrícolas y regulaciones sobre tapones para botellas— se ha convertido, en círculos muy cercanos al poder estadounidense, en la candidata más seria para desempeñar el papel de imperio anticristo?



AUTOR Guillaume Erner | IMAGEN Constantino XI Paleólogo, Mutinensis gr. 122 (siglo XV) | FECHA 8 de mayo de 2026

MÚSICA Marilyn Manson - Antichrist Superstar →

Existen ideas que creemos dormidas para siempre, almacenadas en el desván de viejas teologías y que una buena mañana vuelven a bajar por las escaleras haciendo crujir los escalones.

El Anticristo es uno de ellos.

Pensábamos que había quedado relegado a los márgenes entre Bossuet y las declaraciones apocalípticas de la Rusia anterior a 1917; ha regresado gracias a Silicon Valley. Entre reuniones de la junta directiva de Palantir, Peter Thiel cita al filósofo y teólogo religioso ruso Soloviev, cuya obra \*El cuento del Anticristo\* imagina a un líder universal seductor, filantrópico y ecuménico que resulta

ser el Anticristo. Los podcasts neorreaccionarios profundizan en \*El amo de la Tierra\* de Robert Hugh Benson, el sacerdote católico inglés (1871-1914) que escribió esta novela distópica publicada en 1907, en la que un senador estadounidense se convierte en el pacífico amo del mundo y en una figura anticristo.

Y resulta que, en ciertos círculos muy cercanos al poder estadounidense, la Unión Europea —sí, nuestra vieja Unión, la de los subsidios agrícolas y las regulaciones sobre los tapones de las botellas— se ha convertido, nada menos, en la candidata más seria para el papel de imperio anticristo.

Para desentrañar todo esto, contacté con Theodor Paleologu. Filósofo, exministro de Cultura rumano, exembajador en Copenhague, excandidato presidencial (se apresura a añadir: «Quizás aún lo sea») y, lo más importante para nuestros propósitos, autor de una tesis sobre Carl Schmitt bajo la dirección de Pierre Manent y de una disertación sobre el giro pesimista de Vladimir Soloviev. En otras palabras, leyó estos textos antes de que se pusieran de moda. Hablé con él antes de su partida a Estambul; habla un francés magnífico, con un ligero acento balcánico.

Esto es esencialmente lo que me dijo. El Anticristo, en el Nuevo Testamento, es un término que aparece en plural y se refiere a quienes niegan la divinidad de Cristo. Pero la tradición ha construido, a partir de estos sucesos, dos figuras distintas: «En la Segunda Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses, el Anticristo es un impostor religioso, alguien que se sienta en el templo y se proclama Dios. En el Libro del Apocalipsis, en cambio, es un tirano perseguidor, la Bestia, que libra una guerra contra los santos. Un impostor por un lado, un perseguidor por el otro. Toda la historia de esta figura reside en la tensión entre estos dos polos».

En la obra de Soloviev, el impostor prevalece. Su Anticristo es un filántropo, un ecologista pionero, un pacifista y un ecumenista. Promete paz y prosperidad, y reconcilia a las iglesias. Es un humanista consumado, y precisamente eso es lo que lo hace tan formidable. Este es el marco del que Thiel y algunos otros extraen su sustento: si el Anticristo es quien promete la paz, entonces cualquier construcción universalista, cualquier gobierno global, cualquier Unión Europea se vuelve sospechosa. Paleologu lo describe acertadamente: «Thiel es un ingenioso manipulador». Reúne a Schmitt y Soloviev; de ellos deriva un marco para interpretar el presente. No es un pensamiento sistemático, sino un ensamblaje retórico, pero uno que funciona porque apela a una intuición difusa.

Y la pregunta que Paleologu plantea al final de nuestra entrevista es la correcta: ¿por qué ahora? Su respuesta: «Porque para muchos, la secularización ya no se experimenta como una promesa, sino como una pérdida. Y es tentador, ante una pérdida, interpretarla como una catástrofe metafísica en lugar de una transformación histórica. Decir que estamos en vísperas del fin, que el Anticristo está a las puertas, que Europa se prepara para su reinado, es dar sentido a una sensación de desorden. Es una lectura pesimista de la historia, pero no es la única. También existe, en la tradición cristiana, una lectura de esperanza. Y hay que recordar, frente a los ingeniosos manipuladores, que esta tradición existe, que es igual de legítima y que, sin duda, es más fiel al espíritu del Evangelio».

“Cioran, en cambio, habría visto en el actual regreso del Anticristo una nueva figura de esa ‘tentación de existir’ que dedicó su vida a denunciar. Creo que habría sonreído. Una sonrisa amarga. ”

Pero, cuando pienso en todo este trasfondo escatológico que está saliendo a la superficie, una cosa sigue viniendo a mí insistentemente: es Bajo el sol de Satanás , de Bernanos.

Este libro merece ser releído. El abad Donissan, ese sacerdote rural torpe, pesado y sudoroso que apenas puede hablar, se topa con el Diablo en un camino nocturno, disfrazado de un afable tratante de caballos. En la obra de Bernanos, el Diablo nunca tiene cuernos, nunca es teatral. Es familiar. Conversa. Comprende a la gente. Y esto es lo que abrumba a Donissan: no el horror del Mal, sino su cercanía, su inteligencia, su cortesía. Bernanos comprendió, ya en 1926, lo que Soloviev había intuido, y lo que Paleologu nos recuerda hoy: el Mal absoluto tampoco puede presentarse como tal. Puede presentarse como un benefactor, cortés, con la promesa de paz.

Y, sin embargo, nunca me ha gustado la fórmula de Arendt: la banalidad del mal.

Sé perfectamente que la fórmula se ha vuelto evidente, casi un elemento fijo en el ámbito intelectual contemporáneo, y que ya no se cuestiona. Arendt, al observar a Eichmann en su celda de cristal en Jerusalén, vio a un hombre mediocre, un funcionario anodino, un burócrata que no pensaba. De esto extrajo la idea de que el mal, en su forma moderna, se había banalizado: administrativo, superficial, sin poder demoníaco. La fórmula se generalizó. Permitted a generaciones enteras reflexionar sobre el totalitarismo sin tener que recurrir a la teología ni a la ideología. Creo que ahí radica su error.

Para entender por qué, basta con haber seguido, como hizo Rithy Panh, el juicio de Kaing Guek Eav, conocido como Duch, el exdirector del centro de tortura S-21 en Phnom Penh. Cada vez que se menciona a Duch, la expresión resurge, y cada vez me repugna. Duch era cualquier cosa menos un hombre común. Completamente desprovisto de empatía, declaró, para justificar sus acciones: «Desde niño me ha gustado hacer bien mi trabajo. Quiero honores». ¿Qué asesino común ha hablado jamás así? ¿Acaso es común dedicar toda la energía a la destrucción sádica de miles de seres humanos, entre los que se encontraban algunos de sus seres queridos, miembros de su familia, su antiguo profesor? La expresión «banalidad del mal» es un regalo que se le ha concedido a la humanidad, y es un regalo envenenado.

Por más que relea Eichmann en Jerusalén , de donde se extrae el concepto, sigo sin comprender por qué Arendt insistió en ello. Ciertamente, el psiquiatra que examinó a Eichmann pronuncia esta frase: «Este hombre es normal, más normal que yo después de examinarlo». De acuerdo. ¿Pero qué hay del resto? El verdugo nazi es, en sí mismo, un hombre ambicioso completamente desprovisto de escrúpulos. Antes de convertirse en nazi, relata Arendt, Eichmann estuvo a punto de unirse a la masonería; cuando le ofrecieron el uniforme de las SS, simplemente pensó: «¿Por qué no?». Y a lo largo de su vida, se adentró en el horror, repitiendo este

«¿Por qué no?», convirtiéndose en un ferviente defensor de la barbarie. ¡Qué banal es este Eichmann, que al final de la guerra declaró que era «una gran satisfacción tener en mi conciencia la muerte de cinco millones de judíos»!

Confundir la mediocridad del perpetrador con la naturaleza del acto es cometer un error categórico con gravísimas consecuencias morales. Porque si el mal es banal, entonces está en todas partes, es omnipresente, está en cada uno de nosotros y, por lo tanto, paradójicamente, en ninguna. La banalización del mal es una forma de neutralizarlo conceptualmente, de hacerlo manejable, de reducirlo al ámbito de la sociología o la psicología social. Es conveniente. Es democrático. Pero también es profundamente erróneo. Querer hacer justicia a las víctimas de Douch, a las de Eichmann, a las del 15 de enero, es precisamente negarse a considerar a sus verdugos como banales.

El mal no es común. El mal es singular, inteligente y seductor; y esto es precisamente lo que siempre han sabido las grandes tradiciones judías y cristianas, y la gran literatura que las heredó. La serpiente del Génesis no es un burócrata anodino: es, según el texto, la más astuta. El Anticristo de Soloviev no es mediocre: es el humanista por excelencia. El comerciante de caballos de Bernanos no es un contador de la muerte: es un encantador conversador que sabe exactamente qué decir para hacer caer al sacerdote. Y Douch, en su jaula, no era un engranaje más: defendía un trabajo bien hecho y exigía honores. El mal que importa, el que destruye almas y naciones, no es el que se presenta como tal, sino el que se presenta como bueno, como orden o como el orgullo del trabajo realizado. Esto es impostura, en el sentido paulino: aquel que se sienta en el Templo pretendiendo ser Dios.

Esto es lo que nos recuerda la figura del Anticristo, y lo que Arendt pasó por alto. No se trata de creer en el fin de los tiempos, ni de que la Unión Europea sea la Bestia del Apocalipsis; eso sería volver al enfoque de Thiel, es decir, a meros retoques. Sino que, en la gran tradición escatológica, existe una sólida intuición que sería una lástima perder: el verdadero mal no se deja reconocer. Se presenta bajo la apariencia de paz. Tiene una voz suave. Promete reconciliación. O bien, como Douch, se enorgullece silenciosamente del trabajo bien hecho. Y es precisamente por esto que deberíamos, si se presenta la oportunidad, reconocerlo.

¿Debemos entonces temer al Anticristo? Si lo tomamos literalmente, no: eso sería sucumbir al pesimismo de Thiel y sus seguidores, quienes pretenden hacernos creer que toda promesa de paz es una trampa y que todo gobierno común presagia el reinado de la mentira. Esta interpretación es un arma política y debe combatirse como tal. Pero si la tomamos como una advertencia —como un recordatorio de que el Mal siempre ha sabido adoptar las apariencias más presentables, las del humanista, el benefactor o el funcionario público orgulloso de su trabajo—, entonces sí, hay algo que vale la pena tener en cuenta en esta vieja figura rescatada del olvido.